

Catecismo 1442 – 1443 LA PENITENCIA

Sólo Dios perdona el pecado

2008

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1442:

Cristo quiso que toda su Iglesia, tanto en su oración como en su vida y su obra, fuera el signo y el instrumento del perdón y de la reconciliación que nos adquirió al precio de su sangre. Sin embargo, confió el ejercicio del poder de absolución al ministerio apostólico, que está encargado del "ministerio de la reconciliación" (2 Co 5,18). El apóstol es enviado "en nombre de Cristo", y "es Dios mismo" quien, a través de él, exhorta y suplica: "Dejaos reconciliar con Dios" (2 Co 5,20).

Dos cosas se nos dice en este punto:

-Toda la Iglesia es **signo y el instrumento del perdón y de la reconciliación**.

No únicamente los obispos y sacerdotes son la "forma" en la que la Iglesia reconcilia. Ellos tienen el ministerio del sacramento, pero sin olvidar que es toda la Iglesia la que es signo de reconciliación y de perdón.

Esa oración de San Francisco de Asís:

Oh, Señor, hazme un instrumento de Tu Paz.

Donde hay odio, que lleve yo el Amor.

Donde haya ofensa, que lleve yo el Perdón.

Donde haya discordia, que lleve yo la Unión.

Donde haya duda, que lleve yo la Fe.

Donde haya error, que lleve yo la Verdad.

Donde haya desesperación, que lleve yo la Alegría.

Donde haya tinieblas, que lleve yo la Luz.

Dice: **Donde haya ofensa, que lleve yo el Perdón.**

Todos tenemos esa tarea de la reconciliación; hasta tal punto que el "Padre-nuestro" dice: "*perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*".

Si nosotros no somos signo e instrumentos de perdón... el perdón de Dios ha querido estar integrado en el nuestro.

Hay que entender bien esta frase del "Padre nuestro", no se trata de una especie de "condición externa", o "voluntarista de Dios". Como cuando nosotros le decimos a un niño: si tú haces esto yo te doy lo otro", peor si tú no lo haces yo no te lo voy a dar lo que pides.

No se trata de una condición voluntarista, sino que **para que uno pueda recibir el perdón de Dios, el perdón tiene que ser recibido gratuitamente, uno tienen que abrirse a ese perdón, y para abrirse a ese perdón, uno tiene que "disponerse", y la mejor manera de "disponerse" es siendo uno mismo perdonador, ser tu misericordioso.**

Si no soy misericordioso no tengo la disposición a recibir la misericordia de Dios.

Naturalmente que Dios quiere perdonar y a través de los sacramentos de la Iglesia, pero para poder recibir ese perdón uno tiene que haber ejercitado la tarea reconciliadora que tiene que tener con los demás.

Puede haber personas que por su sensibilidad son muy vulnerables, y son más proclives a ver sido ofendidas, y es más costoso perdonar para ellos. Porque cualquier recuerdo del pasado se les hace muy vivo.

Estas personas pueden necesitar "un camino más largo", más constante, más perseverante y ser capaces de ejercitar la misericordia y el perdón

También hay quien es lo contrario a ser instrumentos de paz y de perdón, que tienen una tendencia a liarla, allá por donde van suscitando roces y malentendidos.

Un buen examen de conciencia es "*en mis conversaciones, mi palabra ¿es una palabra de paz?, o soy de los que echó leña al fuego.*"

O como decía San Ignacio: "*Salvar la proposición del prójimo*".

Intentar entender las cosas por su lado positivo, eso es ser reconciliador. Lo contrario, eso de "*piensa mal y acertaras*", eso no es cristiano.

El Señor cada que vez que nos perdona hace "borrón y cuenta nueva".

Él no dice eso de: "te perdono pero ya se lo que puedo esperar de ti, porque contigo no hay nada que hacer.

El Señor nos da una oportunidad nueva en cada perdón, como si fuera la primera vez.

Así también nosotros tenemos que ser instrumentos de perdón y de reconciliación en el "pensar bien".

Continúa este punto:

Sin embargo, confió el ejercicio del poder de absolución al ministerio apostólico, que está encargado del "ministerio de la reconciliación".

2ª Corintios 5, 18:

- 17 *Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo.*
18 *Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación.*
19 *Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación.*
20 *Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!*

Este texto nos recuerda que igual que Cristo fue el embajador de Dios Padre para reconciliar al mundo con Dios, así, también la iglesia es la embajadora de Cristo para prolongar el ministerio de perdón que Cristo tubo en la tierra. Por eso decimos que la Iglesia es **el cuerpo místico de Cristo**.

Todo el mundo sabe que un embajador es un representante de un país en otra nación, no tiene capacidad de tomar decisiones políticas por su cuenta.

Por eso decimos que la Iglesia es "**embajadora del perdón**". El cometido de la Iglesia, la misión, es **hacer santos**. Eso decía el cardenal Ratzinger: "*La Iglesia es una fábrica de santos*".

De la misma forma que Cristo comenzó la vida pública diciendo: "**convertíos y creed en la buena nueva**".

La Iglesia dice con San Pablo: *Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. **En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!***

Cada vez que la Iglesia proclama ese mensaje de arrepentimiento y conversión, es Cristo el que lo está diciendo: "**la Iglesia es la voz, pero la palabra la pone Cristo**".

Pero nos suele ocurrir que nos quedamos más con el mensajero que con el mensaje; oímos la voz pero no escuchamos la palabra.

Esta expresión: **os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!**, es como una puerta pero la manilla para abrirla esta de tu lado: **Dejaos reconciliar por Dios, porque Dios siempre está dispuesto al perdón**.

Pero es uno mismo el que se tiene que dejar reconciliar, abrir esa puerta, tener prontitud al arrepentimiento, a la contrición.

La iniciativa es de Dios, pero el hombre en su "no disposición", puede ser como el niño terco que no se deja cuidar.

En la vida cristiana es más difícil el dejarse querer por Dios. En nuestra terquedad no dejamos hacer a Dios.

Es lo Naamán el sirio, que fue a curarse la lepra al profeta Eliseo, y lo que le costaba era hacer algo que considera una tontería:

2ª Reyes 5:

- 12 *¿Acaso el Abaná y el Farfar, ríos de Damasco, no son mejores que todas las aguas de Israel? ¿No podría bañarme en ellos para quedar limpio?» Y, dando la vuelta, partió encolerizado.*
- 13 *Se acercaron sus servidores, le hablaron y le dijeron: «Padre mío; si el profeta te hubiera mandado una cosa difícil ¿es que no la hubieras hecho? ¡Cuánto más habiéndote dicho: Lávate y quedarás limpio!»*
- 14 *Bajó, pues, y se sumergió siete veces en el Jordán, según la palabra del hombre de Dios, y su carne se tornó como la carne de un niño pequeño, y quedó limpio.*

A veces es que no nos dejamos reconciliar, no dejamos que sea Dios el que marque la forma de la reconciliación, y soy yo el que pretendo una auto-penitencia.

Punto 1443:

Durante su vida pública, Jesús no sólo perdonó los pecados, también manifestó el efecto de este perdón: a los pecadores que son perdonados los vuelve a integrar en la comunidad del pueblo de Dios, de donde el pecado los había alejado o incluso excluido. Un signo manifiesto de ello es el hecho de que Jesús admite a los pecadores a su mesa, más aún, Él mismo se sienta a su mesa, gesto que expresa de manera conmovedora, a la vez, el perdón de Dios (cf. Lc 15) y el retorno al seno del pueblo de Dios (cf. Lc 19,9).

Sabemos que Jesús tuvo problemas por esos signos que hizo, como comer con los pecadores.

Jesús no solo dijo: "te perdono" y luego siguió su camino y se aleja, pero para que quedase claro que su perdón purificaba plenamente, no solo perdono sino que manifestaba su afecto de ese perdón: **vuelve a integrar a los pecadores al pueblo de Dios, lo sienta a su mesa.**

En el evangelio hay un momento en que los fariseos murmuran de Jesús: "este no puede ser santo, porque si fuese santo sabría que esa mujer que le está limpiando los pies es una pecadora publica... ¿Cómo puede ser que alguien santo se puede mezclar entre los pecadores...?"

Lucas 19, 3:

- 2 *Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico.*
- 3 *Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura.*
- 4 *Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí.*
- 5 *Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa.»*
- 6 ***Se apresuró a bajar y le recibió con alegría.***
- 7 ***Al verlo, todos murmuraban diciendo: «Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador.»***

También llamo "Apostoles" q personas que también eran pecadores y los sentó a su mesa. Los tomo como los colaboradores más íntimos.

El perdón de Dios no es un perdón hecho desde la distancia: "*te perdono pero mantengamos las distancias*".

Ese no es el estilo de Jesús, el no tienen miedo a que nuestra condición pecadora, corrompa la santidad, sino más bien su cercanía es una Gracia hacia nosotros. Jesús nos anima con su presencia a santificarnos.

Esta cercanía es una pedagogía de Jesucristo para que tengamos un acicate, una ayuda en camino de la santidad. **La misericordia de Jesucristo se ha traducido siempre en cercanía.**

Jesús está en medio del "nuestro barro diario" sin dejar por ello de ser santo".

Y esto es compatible con lo que decimos: "*el cristiano no debe ponerse en la tentación*".

Naturalmente que un cristiano no debe de ponerse en situaciones que son una tentación. No hay mejor estrategia para no caer en el pecado que huir de la tentación.

Siendo esto verdad, lo cierto es que Jesucristo se mezcló, se sentó entre los pecadores, como un signo, como una ayuda a que su presencia fuese como instrumento de reconciliación.

Es lo que decía San Agustín:

"Ama al pecador y odia al pecado; odia el delito y ama al delincuente".

La cuestión es que el Señor no desprecia al pecado por rechazar al pecado; ni tampoco se hace cómplice del pecado por amar al pecador.

Este signo de reconciliación, que a Jesús le costó muchos disgustos, porque entendían que si Jesús era un hombre de Dios, como podía mezclarse entre los pecadores.

Eso no quiere decir que porque Jesús se sienta entre pecadores, le dé lo mismo el pecado que la santidad. La presencia de Jesús **es una presencia de rescate**, como lo fue el sentarse en casa de Zaqueo. La presencia de Jesús cambió la vida de Zaqueo.

ES que **Dios vino al mundo para santificar al mundo**, no hizo ascos de nuestra lepra, asumió nuestra carne enferma para purificarla.

El hombre reconciliado se sienta en la mesa con Dios, y Dios se sienta en la mesa con los pecadores para llevarlos a la reconciliación.

Esto es como la imagen de "buen pastor" que carga sobre sus hombros y la retorna al redil. Eso es lo que hacía Jesús cada vez que se sentaba en la mesa de los pecadores.

No olvidemos que el "sentarse a la mesa es un signo de intimidad". Jesús tiene intimidad con nosotros y desde esa intimidad conducirnos al don de Dios al don del Perdón.

Lo dejamos aquí.